

# B1C02 — El Consejo de un Hermano

El juramento aún sabía a ceniza en su alma. Repetía en su mente las palabras que había ofrecido al magullado cielo púrpura, sopesando su carga. Se sentían menos como una elección y más como una rendición a una gravedad inevitable, un abandono final. Por un único y fugaz instante, había habido paz en ello. Ahora, solo existía Serephis.

El aire era ralo, con sabor a ozono y a un pesar tan agudo que parecía suyo. El cielo parecía oprimirlo todo, una pesada manta que asfixiaba la luz. Bajo sus botas, las llanuras de obsidiana destrozada y arena de cristal se molían entre sí con un sonido como el susurro de dientes, un murmullo constante y abrasivo que deshilachaba los bordes de sus pensamientos. Ajustó la mano en la empuñadura de su espada, un gesto familiar que ofrecía un consuelo ahora inútil. Su mirada barrió el horizonte, no en busca de amenazas, sino de una señal —cualquier señal— de que este camino era real y no solo la última etapa de la locura.

Le dolían los hombros por el peso fantasma de su mando, una carga que había soportado durante milenios. Pero una fría certeza se había asentado en sus entrañas, un ancla en la tormenta de su fe que se deshacía. Este era el camino. Tenía que serlo.

El ruido discordante del desierto, una sinfonía de caos chirriante, fue súbitamente perforado por una única y perfecta nota. Era un sonido ajeno, un acorde de pura armonía que hería el aire, estructurando el caos de una forma que Serephis aborrecía.

Su primer pensamiento fue que se trataba de un nuevo truco, un canto de sirena de las arenas susurrantes diseñado para conducirlo a una locura más profunda. Pero este sonido no albergaba malicia. Tenía estructura, una pureza matemática que este lugar no podía crear, solo padecer. Se quedó inmóvil a medio paso, ladeando la cabeza mientras el acorde resonante comenzaba a crecer, un tono limpio y ascendente que parecía repeler físicamente el zumbido chirriante del desierto.

El pulso arrítmico de las lejanas estrellas alienígenas pareció titubear, su ritmo caótico vaciló. El chirrido de la arena amainó, como en señal de deferencia. Su mano fue instintivamente a la herida conceptual en su pecho, el frío vacío que lo había empezado todo. La sintió agitarse por la nota pura, un dolor sordo que se agudizaba hasta convertirse en una aguja de alarma mezclada con una casi olvidada sensación de nostalgia. ¿Qué podría producir un sonido así en este lugar?

Lo supo antes de verlo. Reconoció la resonancia no como una persona, sino como un principio fundamental del Cielo, una ley de la existencia hecha forma. La luz ambiental, que en Serephis era algo disperso y quebrado, comenzó a congregarse. Se tejió a sí misma en hilos de un azul trémulo, fusionándose en una columna de orden imposible.

El aire se tornó más cálido, el olor a ozono y pesar fue reemplazado por el aroma limpio de la lluvia sobre la piedra tras una larga sequía. El zumbido discordante de Serephis fue repelido físicamente, creando un reducto de quietud y silencio alrededor de la forma que se materializaba. Miguel sintió una punzada de culpa tan aguda que fue como una cuchillada en las costillas, la sensación de un niño sorprendido quebrantando una ley sagrada.

Su postura cambió de la actitud cautelosa de un viajero solitario a la forma rígida de un soldado presentándose ante un superior. Apartó a la fuerza la mano de su pecho, sus dedos se cerraron en un puño a su costado. El pilar de luz azul se solidificó, resolviéndose en la forma de su hermano, Gabriel.

El asombro luchaba con el pavor en su corazón. El amor que sentía por su hermano era un dolor físico, una calidez que se extendía por sus miembros fatigados, pero el estómago se le encogió con la certeza de la confrontación inminente.

Gabriel no habló. Simplemente permaneció de pie, una pequeña isla de estabilidad en el crepúsculo caótico, su brillo azulado arrojando una luz firme y suave. Por un momento, Miguel no fue el Comandante, ni el transgresor, ni el atormentado errante. Era solo Miguel, y aquel era Gabriel, su hermano, su amigo más antiguo. El impulso de confesarlo todo —la herida, la duda, el juramento— era una marea que amenazaba con hundirlo, una necesidad desesperada de la absolución que solo el amor de un hermano podía ofrecer.

La mirada de Gabriel, del color del espacio profundo, recorrió la desgastada figura de Miguel, observando el polvo en su armadura y las nuevas y duras líneas alrededor de sus ojos. La tristeza en esa mirada era más potente que cualquier acusación. Miguel descubrió que no podía sostenerla. Desvió la vista, centrándose en una lejana estrella palpitante, un alfilerazo de caos en el cielo magullado. La vergüenza lo inundó, caliente y pesada. ¿Por qué el amor de su hermano se sentía más condenatorio que cualquier juicio formal del Consejo?

—Están preocupados por ti, hermano —dijo Gabriel al fin. Su voz no era un sonido, sino un acorde, cada palabra una armonía perfecta que caía con el peso de una sentencia judicial. El aire se volvió denso, difícil de respirar—. El Consejo teme que tu mente haya sido tocada. Que esta búsqueda tuya es un engaño tejido por el Enemigo para alejarte del frente.

Miguel oyó las mayúsculas en la voz de su hermano: Consejo, Hueste, Orden. Palabras que una vez formaron el cimiento de su alma ahora se sentían como los barrotes de una jaula. Las manos de Gabriel colgaban laxas a sus costados, pero sus dedos estaban ligeramente curvados, un indicio de la profunda tensión que solo mostraba cerca de Miguel. Habló de los temores del Consejo, pero omitió las acusaciones específicas y venenosas de Uriel. Era una pequeña merced, pero se sintió como un cuchillo que se retuerce.

—No lo entienden —dijo Miguel, su propia voz sonando áspera y quebrada contra el tono perfecto de su hermano.

—Entonces, hazme entender —suplicó Gabriel, dando medio paso hacia él—. Ayúdame.

Un nudo frío de ira y autodefensa se formó en las entrañas de Miguel. ¿Cómo podían juzgar lo que no podían sentir? ¿Cómo podían hablar de engaño cuando esta herida era lo más real que jamás había conocido?

Como en respuesta, la herida en su pecho latió. Fue una palpitación aguda y fría, un contraargumento pronunciado en un idioma que solo él entendía. Era una verdad que resonaba en sus mismos huesos, diciendo: *Ellos se equivocan. Su mundo es la ilusión. Esto es lo real.*

Se estremeció, y una mano voló a su pecho como si lo hubieran golpeado. Su respiración se entrecortó. El aire a su alrededor se enfrió, y la arena de cristal a sus pies pareció oscurecerse mientras su sombra bebía la luz azul que su hermano proyectaba. El retumbar en sus huesos se convirtió en un zumbido bajo y audible que vibraba en el aire inmóvil.

Miró a Gabriel, su expresión cambiando de la ira defensiva a un dolor crudo e innegable. La agonía era una oleada de validación. El dolor era su prueba. ¿Por qué no podía verlo Gabriel?

La expresión de Gabriel se suavizó con tristeza. —La guerra va mal, Miguel. La brecha en el Mirador de Seraphiel es más ancha de lo que temíamos. La Séptima Legión fue aniquilada. Camael mantiene la línea, pero no puede sostenerla para siempre.

La luz azul alrededor de Gabriel pareció parpadear, y por un momento, Miguel vio imágenes de batalla en sus profundidades: un bastión en llamas, un escudo destrozado sostenido por un ángel moribundo, la retirada disciplinada de una legión bajo fuego intenso. El leve aroma imaginado del fuego celestial contaminó momentáneamente el aire del desierto.

La voz de Gabriel perdió su armonía perfecta, adquiriendo un filo más áspero y urgente. Habló de designaciones tácticas y números de legiones, de informes de

bajas y de reservas menguantes. Ya no le hablaba a Miguel el hermano, sino a Miguel el General.

Una sacudida nauseabunda de deber tiró de él, una fuerza casi tan poderosa como la herida. Podía visualizar el mapa, las líneas en retirada, las defensas que flaqueaban. Sintió una aguda punzada de responsabilidad, la culpa de un general por los soldados perdidos bajo un mando diferente, inferior. ¿Los había condenado a todos por un fantasma?

—¿Recuerdas la victoria en las Puertas de Obsidiana? —preguntó Gabriel, su voz suavizándose de nuevo, tratando de encontrar un camino diferente de vuelta hacia él—. Tras la carga final, cuando el campo fue nuestro, tú y yo nos paramos en las almenas y vimos salir los soles gemelos. Dijiste que ninguna victoria valía su coste, pero que ningún coste era demasiado grande por la paz.

El recuerdo era tan nítido que dolía. El sabor de la victoria, la mirada compartida de profundo alivio con Gabriel, el calor de los soles en su rostro. Parecía de otra vida, el recuerdo de una persona diferente, un ángel tan seguro y completo. El recuerdo pareció caldear el aire entre ellos, un pequeño reducto de historia compartida en el frío y ajeno desierto. Una sonrisa leve y triste rozó los labios de Gabriel. Miguel desvió la mirada, incapaz de enfrentarse al recuerdo reflejado en los ojos de su hermano. ¿Quién era aquel ángel, tan intacto?

—Esto no es eso —dijo Miguel, con la voz tensa. Hizo un gesto vago hacia la herida en su pecho, sus manos dando forma a un vacío en el aire—. Esto es... un hueco. Un eco. Hay una nota que falta en la canción de mi alma, Gabriel. Tengo que encontrarla.

Buscó las palabras, pero todas sonaban a poesía, a locura. No había lenguaje para este sentimiento, ninguna forma de explicar una verdad que existía fuera de la lógica y la ley. Mientras hablaba, el viento de Serephis pareció burlarse de él, retorciendo sus palabras en un siseo sin sentido. El pulso en su pecho latió, un ritmo silencioso e impaciente contra sus costillas. Sintió una oleada de frustración desesperada, como un hombre que intenta describirle el color a un ciego de nacimiento. ¿Por qué no lo entendía?

La expresión apesadumbrada de Gabriel se profundizó hasta convertirse en algo más cercano al miedo. La luz azul a su alrededor se intensificó mientras enfocaba sus sentidos, sondeando el aura de Miguel. Miguel sintió el toque suave y analítico de la percepción de su hermano, una sensación familiar de mil meditaciones compartidas. Pero entonces, la sonda alcanzó la herida.

Retrocedió. La luz de Gabriel se contrajo como si hubiera tocado una zona de frío absoluto, un agujero en el tejido mismo del ser. Miguel vio la mano de su hermano cerrarse en un puño, un gesto sutil y defensivo. *Este no es él*, casi pudo oír pensar

a Gabriel. *Algo lo ha vaciado por dentro. La luz está ahí, pero la canción ha desaparecido.*

Una fría oleada de terror recorrió a Miguel. Supo en ese instante, en el retroceso de la esencia misma de su hermano, que ya había perdido esta discusión.

La compostura cuidadosamente construida de Gabriel finalmente se rompió. Abandonó toda pretensión de deber, toda mención del Consejo. Su luz se suavizó, perdiendo su intensidad formal y convirtiéndose en un resplandor suave y suplicante. El aire se espesó con amor no expresado y el sabor amargo de una pérdida inminente.

—Olvida al Consejo —susurró Gabriel, su voz ya no era un acorde perfecto, sino una única y vulnerable nota. Extendió una mano, no para ordenar, sino para implorar—. Olvida la guerra. Solo... vuelve a casa, Miguel. Por favor, hermano. Vuelve a casa.

Las palabras fueron un golpe físico. *Vuelve a casa.* La frase era la llave de una cerradura que ya no poseía. El concepto de «hogar» se sentía ajeno, un recuerdo de una vida que ya no era la suya. Sus muros, cuidadosamente contruidos, se desmoronaron. Lágrimas que no podía derramar le quemaban tras los ojos. ¿Cómo podía elegir esta herida fría y exigente por encima de este amor, este amor perfecto e incondicional?

La elección no era suya.

Como si sintiera su resolución vacilante, la herida respondió. Un retumbar profundo y resonante emanó de su pecho, una nota grave tan potente que hizo vibrar la arena de cristal a sus pies. Silenció el viento. Silenció la súplica de Gabriel. Silenció la guerra en su propia alma.

No había argumento. No había elección. Esta era una ley de su nueva naturaleza. El pulso no era una petición; era un hecho.

Su cabeza se irguió de golpe, sus ojos perdiendo el conflicto, el dolor, el amor. Se volvieron claros, enfocados y distantes. Bajó su propia mano del pecho; la batalla interna había terminado. Un momento de claridad absoluta y fría descendió sobre él. El dolor de la elección se desvaneció, reemplazado por la certeza del camino.

Escogió sus palabras con cuidado, afilándolas hasta darles un borde cortante, convirtiéndolas en un corte limpio. Sabía que esto heriría a Gabriel más que cualquier espada, y ese conocimiento fue una nueva herida en lo que quedaba de su corazón. Finalmente se encontró con la mirada de su hermano, sus propios ojos firmes e indescifrables.

—No puedo —dijo. Las sencillas palabras portaban el peso de un veredicto final.

El aire entre ellos se volvió imposiblemente frío. La pequeña isla de calidez y orden que Gabriel había creado se derrumbó al instante. Miguel vio cómo la luz se desvanecía del rostro de su hermano, el azul vibrante atenuándose hasta un plateado pálido y desolado. Había roto lo más perfecto que jamás había conocido, y la victoria se sintió como una pérdida profunda e irreversible.

Gabriel bajó lentamente la mano extendida. Hizo un único, casi imperceptible, asentimiento de derrota. Solo por un instante, su postura perfecta cedió, el peso de su fracaso oprimiéndolo. Los sonidos caóticos de Serephis, el chirrido y los susurros, comenzaron a filtrarse de nuevo por los bordes de su silencio.

—El Consejo no entenderá esto —dijo Gabriel, su voz ahora plana, desprovista de toda armonía—. Lo verán como una traición. No puedo protegerte de esto, Miguel.

Oyó la parte no dicha de la advertencia: *No puedo protegerte de ellos*. Estaba verdaderamente solo.

La última mirada de Gabriel no fue de ira, sino de piedad. Se dio la vuelta y, sin otra palabra, su forma se deshizo, los hilos de luz azul disolviéndose de nuevo en el crepúsculo caótico. La partida fue más rápida, menos suave que su llegada.

El calor opresivo y el ruido chirriante de Serephis regresaron de golpe, el doble de fuertes, el doble de pesados que antes. Una escalofriante sensación de finalidad se apoderó de Miguel. El puente de vuelta a su antigua vida, a su hogar, a su hermano, acababa de ser quemado.

El desierto se sentía más vacío ahora, el cielo magullado más oscuro. La única luz era el pulso débil y arrítmico de las estrellas alienígenas. El único sonido era la arena chirriante y el insistente retumbar en su alma. El recuerdo de la tristeza de Gabriel era una nueva carga, más pesada que su armadura, más pesada que su espada. Tenía que encontrar la respuesta a esta herida, aunque solo fuera para demostrar que este sacrificio, esta terrible y necesaria crueldad, no fue en vano.

Respiró hondo, una bocanada entrecortada. Cuadró los hombros, adaptándose al nuevo peso de su soledad. Luego, dándole la espalda al lugar donde su hermano había estado, dio un único y deliberado paso hacia la oscuridad que se cernía.